



Honoré de Balzac

Alberto Savarus

La novela que ahora se presenta, *Alberto Savarus*, pertenece a las «Escenas de la vida privada» y fue escrita en 1842, uno de los periodos más fecundos del autor. En esta obra, Balzac confecciona al personaje que, por amor, cae en la vejez. La señorita Rosalía de Watteville engaña, traiciona y corrompe por conseguir al ser amado: Alberto Savarus. Pero si Rosalía es el egoísmo y la intriga, la entrega define a Savarus. No hace falta adelantar qué sentimiento triunfará. En esta novela, Balzac ejerce su procedimiento de avance lento, largas descripciones y regodeo en la ambientación, para después, en trazos rápidos, ofrecer una sucesión de acontecimientos que resolverán la historia.

Savarus es, de alguna forma, un personaje que puede identificarse fácilmente con Balzac. Al igual que el escritor, el protagonista de la novela es también un joven que busca hacer fortuna y escalar socialmente. Pero hay otro rasgo definitivo. Savarus escribe narraciones que tratan de lo que vive y le sucede, y no como en un diario fiel, sino, al igual que Balzac, en forma de novela. Así, en *Alberto Savarus* el autor nos ofrece una narración dentro de su narración, enriqueciendo la estructura de su novela.

Presentación

El joven Honoré Balzac presenció, como quien asiste al desenlace de una representación teatral, el exilio de Napoleón hacia Santa Elena. Habían pasado dieciséis años luego de que el corso llegara al poder y once de que fuese proclamado emperador. El espectáculo que Napoleón había ofrecido a la humanidad, consagró la figura del vencedor y su voluntad. Balzac no olvidó el ejemplo. Conjeturo que tras evocar las campañas de Napoleón, resolvió su propio destino. Quizá por eso, y armado acaso con una certidumbre, escribió sobre la estatua de Bonaparte: «Lo que comenzó con la espada, lo acabaré con la pluma». Así, de la estirpe del hombre que opone su voluntad al desafío, la del conquistador, la misma de Carlomagno y de Napoleón, hizo Balzac su propia tradición. Sus héroes aparentes —como ha señalado Torres Bodet— podrían llamarse Levater, Cuvier, Swedenborg o Walter Scott, pero su maestro más profundo fue Bonaparte. Por eso, el autor de *La comedia humana*, llamado el Napoleón de las letras, escribió en 1844: «¡Cuatro hombres habrán tenido una vida inmensa: Napoleón, Cuvier, O’Connell, y quiero yo ser el cuarto! El primero vivió la vida de Europa: se inculaba ejércitos. El segundo se desposó con la tierra. El tercero encarnó a todo un pueblo. Yo habré llevado, dentro de mi cabeza, a toda una sociedad...».

Existe además otra correspondencia, más sutil, entre el corso guerrero y el escritor prolífico. Para el mundo que anhelaba, Balzac nació casi extranjero, quizá sólo un poco menos que el Bonaparte de Córcega. Balzac, ese adorador

del lujo, defensor de la monarquía y del catolicismo, quien adoptara en su nombre la partícula nobiliaria «de» poco después de sus primeros éxitos literarios, nació en el seno de una familia humilde y provinciana, en Tours, Francia, el 20 de mayo de 1799. Pero, como quien emprende una campaña militar, consagró su vida a conquistar un mundo y crear otro. Tal vez por eso, sus dos mundos, el imaginario y el real, el que habita en sus novelas y el que pobló sus recuerdos, sean harto parecidos. En todo caso, el avance de Balzac hacia esa conquista fue posible sólo mediante el esfuerzo de una voluntad magnífica. Un avance que, a pesar de su itinerario social, que bien podría leerse como una sucesión de fracasos, no se detuvo hasta terminar en una obra vastísima, reconocida aún en vida del escritor. Pero en los inicios de su carrera abundan los fracasos: financieros, amorosos —aunque este aspecto no estuvo exento de muchas batallas—, y tropiezos incluso en sus primeros escritos. Éste es el caso de su *Cromwell*, drama en verso que Balzac había escrito inspirado en la figura de Oliverio Cromwell. El manuscrito fue enviado a Andrieux, profesor del Colegio de Francia, para quien Balzac de plano debía dedicarse a otra cosa que no fuesen las letras. Sólo el fabuloso empeño, vital acaso, hizo posible que Balzac escribiera cerca de un centenar de narraciones, que constituyen alrededor de catorce mil cuartillas.

El ansia de poder, ha escrito Freud, no tiene sus raíces en la fuerza, sino en la debilidad. En el caso de Balzac, habría que añadir que en la carencia. Carencia no sólo de fortuna, sino de pertenencia a un mundo del cual ansiaba reconocimiento. Este carácter foráneo es también el que dota de una capacidad crítica a Balzac. Su mirada es la del que está afuera y quiere entrar. O mejor aún, conquistar. Para acceder al mundo que deseaba, el autor de *La piel de zapa* se enfrentó, siendo un adolescente, al París hostil de la segunda década del siglo XIX. Hombre de acción a la par que de contemplación, intentó primero varias empresas comer-

ciales. En ellas pudo conocer algo más que el solo lenguaje del vago y del noble, del comerciante y del legislador, de una «madame» o de un ladrón. Balzac los enfrentaba para vencerlos. Es su recorrido hacia el éxito social, más que literario, un ejercicio de exploración y disección de la misma sociedad que deseaba escalar. ¿Y qué es el conocimiento sino un acto de dominio sobre el objeto que deseamos conocer, es decir, una forma de posesión?

Entre la circunstancia de Balzac y su mundo imaginario no hay grandes distancias. «La sociedad francesa iba a ser el historiador, y yo tenía que limitarme a ser el secretario», escribió alguna vez. «Volvamos a la realidad, hablemos de Eugenia Grandet», apuntó en otra ocasión. Pero todavía más, poco antes de morir, y quizá en algún delirio, exclamó, refiriéndose al médico que inventara en sus novelas: «Llaman a Bianchon, él me salvará». Pero si hablamos de imaginación, ¿no es el pasado, en última instancia, otra posibilidad de lo imaginario? El recuerdo no es otra cosa que una reinención del instante, y la historia, una infinita colección de interpretaciones. Para Balzac, la Francia de los últimos años del siglo XVIII y las primeras décadas del XIX se distinguió por una nota predominante: la ambición. Con acierto, Zola escribió: «Balzac, autor del drama del dinero, ha extraído de él todo lo terriblemente político que encierra en nuestra época». Balzac no deseaba retratar su sociedad, sino entenderla. Y el instrumento que eligió para esto fue la novela.

El procedimiento analítico, que Balzac explica en el prólogo de *La comedia humana*, es el inverso al del fabulista. Este último propone ilustrar las pasiones humanas en el reino animal. Balzac busca la animalidad en el complejo social. Distingue entre hombres león y hombres buitre, como su personaje Vautrin (deformación de *vautour*, buitre en español). Para el escritor, su visión de una zoología social se aliaba además a otras certezas. Balzac creyó en la unidad de la materia. Para él no hay más que un animal. «El crea-

dor —escribió en el mismo texto— no se ha servido sino de un solo y único patrón para todos los seres organizados.» Y más adelante: «Los hombres (al igual que los animales) también se lanzan los unos contra los otros; pero su mayor o menor grado de inteligencia hace que el combate se complique en otra forma». Torres Bodet ha sugerido que Balzac fue, a su modo, un predarwinista. Y es que, en toda la obra de Balzac, predomina la visión de la vida como un combate y una constante selección natural del más fuerte.

Para representar esta lucha en la sociedad, Balzac dota a sus personajes de una suerte de radicalismo pasional. No existen en sus historias seres tibios, los hombres y mujeres que pueblan *La comedia humana* siempre viven en el límite de la heroicidad o la maldad. No importa lo que deseen los personajes, sino la vehemencia que pondrán en conseguirlo, ya sea el amor, la venganza o el dinero. El oro ciega al padre Grandet; la paternidad, a papá Goriot; la ambición, a Vautrin. Y en esta lucha, la supervivencia del más fuerte no incluye los finales felices. Por eso Balzac es devastador, las buenas pasiones son derrotadas, el animal de caza triunfa al final. Y no es que la obra de Balzac esté exenta de una intención moral; su actitud, más bien, será la del médico ante la enfermedad: ésta es un hecho y no distingue entre el bondadoso y el rufián. El cirujano moral, analiza y estudia. Luego de diagnosticar, hunde el bisturí, pero no califica el mal de la sociedad, sólo lo expone, lo muestra.

En 1834, el entonces ya Honoré «de» Balzac concibió la estructura general de toda su obra. Ésta se dividiría en «Escenas de la vida privada», «Escenas de la vida de provincia», «Escenas de la vida parisina», «Escenas de la vida política», «Escenas de la vida militar», y «Escenas de la vida del campo». Estas seis partes, compuestas por numerosas novelas, forman los estudios de «Costumbres» que junto con los «Estudios filosóficos» y los «Estudios analíticos», constituyen *La comedia humana*.

En la vasta geografía que es la obra balzaciana, muchos de sus protagonistas transitan de una novela a otra. Este recurso otorga mayor unidad a *La comedia humana*. Pero no sólo eso, la vida así prolongada de sus personajes otorga mayor independencia al mundo imaginario de Balzac. Los personajes que en una novela son protagonistas, en otra tendrán un papel secundario.

La novela que ahora se presenta, *Alberto Savarus*, pertenece a las «Escenas de la vida privada» y fue escrita en 1842, uno de los periodos más fecundos del autor. En esta obra, Balzac confecciona al personaje que, por amor, cae en la vileza. La señorita Rosalía de Watteville engaña, traiciona y corrompe por conseguir al ser amado: Alberto Savarus. Pero si Rosalía es el egoísmo y la intriga, la entrega define a Savarus. No hace falta adelantar qué sentimiento triunfará. En esta novela, Balzac ejercita su procedimiento de avance lento, largas descripciones y regodeo en la ambientación, para después, en trazos rápidos, ofrecer una sucesión de acontecimientos que resolverán la historia.

Savarus es, de alguna forma, un personaje que puede identificarse fácilmente con Balzac. Al igual que el escritor, el protagonista de la novela es también un joven que busca hacer fortuna y escalar socialmente. Pero hay otro rasgo definitivo. Savarus escribe narraciones que tratan de lo que vive y le sucede, y no como en un diario fiel, sino, al igual que Balzac, en forma de novela. Así, en *Alberto Savarus* el autor nos ofrece una narración dentro de su narración, enriqueciendo la estructura de su novela.

Se ha pretendido ver en Balzac al padre de la novela realista. Pero cada generación discute a partir de qué realidad se define al realismo. La categoría es, pues, insuficiente.

Propongo que las energías subyacentes en su quehacer como novelista, acaso sean dos. En primer lugar, una vitalidad hecha vastedad. Es decir, existe una relación definitiva entre su forma de escribir y el número de sus novelas. Bal-

zac no sería tal si nos mostrara sólo un río o un monte. Es el constructor de una gran geografía literaria que en sus relieves y paisajes conforma un universo propio, con múltiples relaciones. Construcción de una obra a la que consagró hasta dieciocho horas al día y que sólo se interrumpió con la muerte del escritor, a la edad de cincuenta y un años, antes de terminar el plan general que se había propuesto en *La comedia humana*.

Por otro lado, en su intención de conquistar un mundo, en realidad Balzac contribuyó a su destrucción. Para esto, tuvo que guardar una distancia —saludable— entre sus principios y su actitud crítica. Ésta es elemento principal en toda su obra, aunque no el único. En sus novelas ejerció siempre una crítica implacable al sistema de relaciones establecido en la Francia de la primera mitad del siglo XIX; examinó a la aristocracia hipócrita y a la burguesía rapaz. La crítica fue su forma de creer en lo que llamó «dos verdades eternas»: la monarquía y la religión. Sólo con esta actitud, pudo mostrar la decadencia y la corrupción de un orden social. En este sentido, es irónico que Balzac resultara, años después, el escritor favorito de Carlos Marx.

Gustavo Fierros

A la señora Emilia de Girardin

Alberto Savarus

Uno de los salones en los que se dejaba ver el arzobispo de Besanzón y el que gozaba de sus preferencias, en tiempos de la Restauración, era el de la señora baronesa de Watteville. Diremos unas palabras acerca de esta señora, el personaje femenino tal vez más importante de Besanzón.

El señor de Watteville, sobrino del famoso Watteville, el feliz y el más ilustre de los asesinos y renegados cuyas extraordinarias aventuras son demasiado conocidas para que aquí las relatemos, era tranquilo como turbulento había sido su tío. Después de haber vivido en el Franco Condado como una cucaracha en una grieta, casó con la heredera de la célebre familia de Rupt. La señorita de Rupt unió 20000 francos de renta en tierras a los 10000 francos de renta en bienes raíces del barón de Watteville. El escudo de armas del gentilhomme suizo, porque los Watteville son de Suiza, desapareció bajo el viejo escudo de los Rupt. Este casamiento, decidido desde el año 1802, efectuóse en 1815, después de la segunda Restauración. Transcurridos tres años del nacimiento de una hija, todos los abuelos de la señora de Watteville habían muerto y sus herencias liquidadas. Vendieron entonces la casa del señor de Watteville para establecerse en la calle de la Prefectura, en el hermoso hotel de Rupt, cuyo vasto jardín se extiende hacia la calle del Perron. La señora de Watteville, joven devota, fue más devota después de su boda. Es una de las reinas de la santa cofradía que confiere a la alta sociedad de Besanzón un aire sombrío y unas maneras gazmoñas en consonancia con el carácter de esta ciudad.

El señor barón de Watteville, hombre flaco y sin inteligencia, parecía gastado, sin que pudiera averiguarse en qué, puesto que gozaba de una crasa ignorancia; pero como su mujer era de un rubio de fuego y de una naturaleza seca que se hizo proverbial (se dice aún «puntiaguda como la señora de Watteville»), algunos bromistas de la magistratura pretendían que el barón se había gastado contra aquella roca. Rupt es una palabra que evidentemente viene de *rupes*, roca. Los sabios observadores de la naturaleza social no dejarán de comentar que Rosalía fue el único fruto del matrimonio de los Watteville con los Rupt.

El señor de Watteville se pasaba la vida en un hermoso taller de tornero. Le gustaba tornear. Como complemento a esta existencia, habíase entregado al capricho de las colecciones. Para los médicos filósofos, dados al estudio de la locura, esta tendencia a coleccionar constituye un primer grado de enajenación mental, cuando se refiere a cosas pequeñas. El barón de Watteville recogía conchas, insectos y fragmentos geológicos del territorio de Besanzón. Algunos contradictores, sobre todo mujeres, decían del señor de Watteville:

—¡Tiene un alma hermosa! Desde el principio comprendió que no podría dominar a su mujer y entonces se entregó a una ocupación mecánica y a darse la gran vida.

El hotel de Rupt no carecía de cierto esplendor digno del de Luis XIV, y se resentía de la nobleza de las dos familias, unidas en 1815. Brillaba en él un viejo lujo que nada sabía de la moda. Las arañas de cristal tallado en forma de hojas, los damascos, los tapices, los muebles dorados, todo estaba en consonancia con las viejas libreas y los viejos criados. Aunque servida en plata ennegrecida, la comida era exquisita. Los vinos escogidos por el señor de Watteville, que para ocupar sus horas e introducir en ellas la variedad habíase constituido en su propio bodeguero, gozaban de cierta celebridad provinciana. La fortuna de la señora de Watteville era considerable, ya que la de su marido, que

consistía en las tierras de Rouxey y que valían unas 10000 libras de renta, no fue incrementada con ninguna herencia. No hace falta comentar que las relaciones muy íntimas de la señora de Watteville con el arzobispo habían establecido en su casa a los tres o cuatro abates notables e inteligentes del arzobispo, quienes no odiaban en modo alguno los placeres de la buena mesa.

En una comida suntuosa, dada yo no sé en ocasión de qué boda a comienzos del mes de septiembre del año 1834, en el momento en que las mujeres se hallaban colocadas en círculo ante la chimenea del salón y los hombres formando grupos junto a las ventanas, prodújose una aclaración a la vista del señor de Grancey, el cual fue anunciado entonces.

—Bien, ¿y el proceso? —le preguntaron.

—¡Ganado! —respondió el vicario general—. La sentencia de la corte, de la que ya desesperábamos, ya sabéis por qué...

Era una alusión a la composición de la corte real, desde el año 1830. Los legitimistas habían presentado casi todos la dimisión.

—... La sentencia acaba de hacernos ganar la causa en todos los puntos, y viene a reformar el juicio de primera instancia.

—Todo el mundo os creía perdidos.

—Y lo estábamos sin mí. He conseguido que nuestro abogado se fuera a París, y he podido tomar, en el momento de la batalla, otro abogado, al que debemos el haber ganado el proceso, un hombre extraordinario...

—¿En Besanzón? —preguntó ingenuamente el señor de Watteville.

—En Besanzón —respondió el abate de Grancey.

—¡Ah, sí, Savaron! —dijo un apuesto joven que se hallaba sentado cerca de la baronesa y se llamaba de Soulas.

—Ha pasado cinco o seis noches estudiando el caso, ha devorado los documentos, ha tenido siete u ocho conferen-

cias de varias horas conmigo —repuso el señor de Grancey, que había llegado al hotel de Rupt por primera vez desde hacía veinte días—. En fin, que el señor Savaron acaba de derrotar completamente al famoso abogado que nuestros adversarios habían ido a buscar a París. Este joven es maravilloso, según dicen ciertos consejeros. Así, el cabildo ha salido dos veces vencedor: ha vencido en derecho; luego, en política ha vencido al liberalismo en la persona del defensor de nuestro Ayuntamiento. «Nuestros adversarios, ha dicho nuestro abogado, no deben esperar encontrar en todas partes complacencia para arruinar los arzobispos...» El presidente se ha visto obligado a imponer silencio. Toda la gente de Besanzón ha aplaudido. Así, la propiedad de los edificios del antiguo convento sigue siendo del cabildo de la catedral de Besanzón. Por otra parte, el señor Savaron ha invitado a su colega de París a comer con él cuando salieron del Palacio de Justicia. Al aceptar, éste ha dicho: «A todo vencedor, todo honor», y le ha felicitado sin rencor por su triunfo.

—¿De dónde habéis, pues, sacado ese abogado? —dijo la señora de Watteville—. Nunca había oído pronunciar ese nombre.

—Pues podéis distinguir desde aquí sus ventanas —respondió el vicario general—. El señor Savaron vive en la calle del Perron, y el jardín de su casa es contiguo al vuestro.

—¿No será del Franco Condado? —preguntó el señor de Watteville.

—No se sabe de dónde es —dijo la señora de Chavoncourt.

—Pero ¿qué es ese hombre? —preguntó la señora de Watteville tomando el brazo al señor de Soulas para encaminarse al comedor—. Si es forastero, ¿por qué ha venido a establecerse en Besanzón? Es una idea bien singular para un abogado.

—¡Bien singular! —repitió el joven Amadeo de Soulas, cuya biografía debe trazarse para mejor comprender esta

historia.

En todas las épocas, Francia e Inglaterra han efectuado un intercambio de futilidades, tanto más continuo cuanto que escapa a la tiranía de las aduanas. La moda que llamamos inglesa en París, se llama francesa en Londres, y viceversa. La enemistad de los dos pueblos cesa en dos puntos, en la cuestión de las palabras y en el del vestir. *God save the king*, el himno nacional de Inglaterra, es una música compuesta por Lulli para los coros de *Ester* o de *Atalia*. Los miriñaques llevados por una inglesa en París fueron inventados en Londres, ya se sabe por quién, por una francesa, la famosa duquesa de Portsmouth; comenzaron a producir tanta risa, que la primera inglesa que apareció en las Tullerías estuvo a punto de ser aplastada por la multitud; pero fueron adoptados. Esta moda ha tiranizado a las mujeres de Europa durante medio siglo. En la paz de 1815, se bromeó durante un año sobre las cinturas largas de las inglesas, y todo París fue a ver a Poitier y Brunet en *Les anglaises pour rire*; pero en 1816 y 1817, los cinturones de las francesas, que les cortaban el seno, en 1814 descendieron gradualmente hasta hacer resaltar sus caderas. Desde hace diez años, Inglaterra nos ha obsequiado con dos pequeños regalos lingüísticos. Al *incroyable*, al *merveilleux* al *élégant*, esos tres herederos de los *petits maîtres*, cuya etimología es bastante indecente, han sucedido el *dandy*, luego el *lion*. El *lion* no ha engendrado la *lionne*. La leona se debe a la famosa canción de Alfredo de Musset: *Avez-vous vu dans Barcelone... C'est ma maîtresse, ma lionne*: ha habido fusión o, si queréis, confusión entre los dos términos y las dos ideas dominantes. Cuando una tontería divierte a París, que devora tantas obras maestras como tonterías, es difícil que la provincia se prive de ello. Así, después de que el león paseó por París su melena, su barba y su bigote, su chaleco y su impertinente sostenido sin la ayuda de las manos, por la contracción de la mejilla y del arco superciliar, las capitales de algunos departamentos han visto varios subleones